

## Entrega 2ª



En el pueblo de la abuela retumbaban los tamborileros y en los aires resonaban las gaitas con ecos de alegría.

### Los festejos

Cuando mi madre nos mandaba a casa de la abuela tenía sus razones. En el pueblo de la abuela retumbaban los tamborileros y en los aires resonaban las gaitas con ecos de alegría. Las gentes se adornaban las solapas de las chaquetas con rosas rojas, flores amarillas o ramujos de toronjina o de hierbabuena como propietarios de buenos olores.

Algunos las acomodaban sobre la oreja, otros la entrometían debajo de la boina como alfiler del pelo.

Las mujeres llevaban geranios colorados o espantanovios naranjas sujetos al moño, y también margaritas silvestres hermanadas al rizo de la frente. Las mozas se colgaban las clavelinas prendidas con alfileres sobre el pecho.

Ellas no necesitaban plantas aromáticas porque, de por sí, ellas mismas transportaban su propio perfume.

—Nos adornamos con estas flores porque no tienen espinas —gritaban riendo con voces saltarinas para dejarse oír de los mozos.

Las rosas punzan como alfileres sangrantes pero ellas corrían revoltosas para no molestar a los cantos rodados que empedraban las calles.

Miraba yo con ojos y orejas abiertas estas procesiones y rondas.

Más que bailar al son de la música, saltaba detrás de las mozas queriendo imitar las sardónicas persecuciones de los mozos.

Los mozos sacaban de su ojal la rosa roja o el capullo en flor...

—La rosa buena, es rosa y olorosa —dejaban escuchar con sus voces roncadas, o semirroncadas por ser todavía juveniles, salidas de gargantas inmaduras, todavía agudas... — Bien se puede dar una gota de sangre por ella —y alargaban la flor como haciendo llegar su aroma a las que, ante ellos, cantaban como trinos y gorriones...

Son sorpresas de alegrías, en estos días de profunda algarabía, las que presenta el pueblo de mi abuela.

¿Dormirán los gallos? ¿Invitarán a una danza silenciosa a sus gallinas en los gallineros? ¿O serán mis oídos los que se adentran en otros ecos y no escuchan los cantos encerrados en los corrales?

El gaitero y el tamborilero enredan sus músicas en el olmo de la plaza, y la suben de rama en rama, y la hacen brincar por encima de los tejados... Las paredes de los huertos y de los pajares que rodean a la ermita rebotan las músicas y las devuelven para que sepan a ritmo repetitivo y cadencioso. A ellos, que desatan la armonía de los ecos, les bailan los ojillos como espejos donde se reflejan los amores de los mozos y las mozas.

Las horas de procesiones y santos son como las rondas, porque transcurren por las mismas calles y tienen los mismos recorridos.

Aunque las rondas y sus canciones sean diversas.



Cuando mi madre nos mandaba a casa de la abuela tenía sus razones.